

Sobre el Perú

Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo



Capítulo 41



Pontificia Universidad Católica del Perú

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

FONDO EDITORIAL 2002

Sobre el Perú: homenaje a José Agustín de la Puente Candamo

Editores:

Margarita Guerra Martinière

Oswaldo Holguín Callo

César Gutiérrez Muñoz

Diseño de carátula: Iván Larco Degregori

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima

Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Obra completa: ISBN 9972-42-472-3

Tomo I: ISBN 9972-42-479-0

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-2418

Primera edición: mayo de 2002

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Conciencia de la historia y romanticismo literario en el Perú

Oswaldo Holguín Callo

Pontificia Universidad Católica del Perú

A través de estos apuntes presento algunos elementos de la conciencia histórica "nacional" de los escritores románticos peruanos, los de la "bohemia" limeña que Ricardo Palma evocó, detectados en sus obras hasta alrededor de 1860. Deseo explicar cómo resolvieron el problema de "no tener historia", vale decir de no conocerla, pues la Historia del Perú o no estaba escrita o lo estaba en forma muy imperfecta, y por lo tanto insatisfactoria, a mediados del siglo XIX. Ello exige precisar qué obras de Historia del Perú leyeron y cómo asumieron sus distintos períodos: el Imperio de los Incas, la Conquista, el Virreinato, la Independencia y la República. Igualmente, qué hicieron para elevar el nivel del conocimiento histórico peruano.

La conciencia histórica advierte al individuo que existe (tiene) historia, pasado, antecedentes temporales a los cuales se debe el (su) presente. Esta dimensión de la conciencia no siempre se desarrolla o madura, a veces por falta de medios —materiales o de otro tipo— para conocer, aprender, estudiar; también porque existen trabas mentales o psicológicas, o porque la sociedad o el individuo se niega a aceptar el pasado al verlo negativo, oprobioso, vergonzoso, o por otras causas que llevan al mismo resultado.

I. Papel del romanticismo en Hispanoamérica

El romanticismo halló terreno fértil en los países hispanoamericanos separados de su metrópoli europea. Como en el Viejo Mundo, en América también se dieron condiciones propicias para el desarrollo de la sensibilidad, la estética, el gusto, etc., románticos, cierto que con matices propios debidos al medio, los actores y las circunstancias, por lo que cabe subrayar el color nativo que esa corriente adoptó (Carilla 1967: 39 y ss.).

Como en todos lados, también en Hispanoamérica el romanticismo completó el sentimiento de libertad: a la libertad política lograda por la Independencia sumó la literaria, la estética, la poética. No sólo dio actualidad, rebeldía y fuerza a una o dos generaciones nuevas, jóvenes hacia los años 1830-1850, según los países, sino las dirigió hacia su propia problemática social, a pesar de la carga evasiva que en algunos aspectos entrañaba, y hacia el pasado porque era desconocido y, por lo mismo, un reto a su profunda necesidad de historia. Pero hay más:

En realidad, la contribución esencial del romanticismo en América hispánica, es una contribución nacional: ayuda a definirse a las distintas naciones bajo el aspecto natural, histórico y social [...]. Ese impulso de la historia hace resaltar el sentido profundo del romanticismo hispanoamericano como empresa nacional (Bazin 1958: 103 y 105);

por lo mismo,

la literatura en estos momentos se cargó de sentido social y político, debió asumir la responsabilidad de hallar "la expresión de América" a través de la lengua, del paisaje, de las costumbres, del ser nacional que ahora se presentaba ante el mundo con denominación propia, circunstancias todas que entroncaban con los caracteres esenciales del romanticismo y por lo cual este movimiento halló una oportunidad única de adecuación expresiva en la América del XIX (Cañedo-Argüelles Fábrega 1987: 248).

El "americanismo literario" tuvo entonces pleno sentido y justificación (Carilla 1967: 158 y ss.).

II. Romanticismo e historia en el Perú

El romanticismo tuvo marcada preferencia por la historia, las cosas viejas, los restos del pasado, y durante su imperio se produjo "la configuración discursiva de la historia y la literatura como disciplinas más o menos específicas e independientes", y la literatura incorporó a la historia en su dominio como nunca antes lo había hecho; y algo de gran trascendencia, gracias a la aceptación y difusión del "nuevo sentido histórico romántico, la historia es el discurso hegemónico..." en el siglo XIX (Unzueta 1993: 504 y 506).

El romanticismo, especialmente el francés y el español, llegó al Perú en los años 1830, pero no produjo seguidores locales, entre los más jóvenes, hasta muy avanzada la siguiente década. En 1846 y 1847 mostraron sus primeras producciones José Arnaldo Márquez, Numa Pompilio Llona, Manuel Adolfo García y Manuel Nicolás Corpancho, y en 1848 lo hizo Ricardo Palma, el cual, convertido más adelante en el memorialista del grupo, consagraría este último año en "La bohemia de mi tiempo" (Holguín Callo 1994: 141); en los siguientes, se sumaron otros elementos, haciendo suyos los principales espacios escritos del periodismo peruano durante tres décadas, aproximadamente.

Aunque la de los románticos no constituyó la primera generación del Perú independiente y republicano,¹ como ninguna otra hasta entonces se planteó preguntas referidas a su identidad –qué y quiénes eran, por qué y cómo habían llegado a ser lo que eran–, vale decir sobre su ser social, histórico, nacional, cultural, respondiendo a menudo con contenidos americanos más que peruanos, señal de que la conciencia de lo nacional –por su diversidad, perfil difuso, desconocimiento, incomprensión, exotismo, etc.– no estaba aún desarrollada.

Los románticos se echaron a mirar el pasado peruano y encontraron a los Incas –apreciados desde antiguo (Méndez 1995: 31)–, la sangrienta Conquista, el Virreinato –reiteradamente censurados a partir de la derrota y expulsión de España–, la Independencia –exaltada como noble epopeya– y los escasos pero convulsos años corridos de la República. Sin embargo, su gran sed de historia no podía calmarse con lo poco que estaba a su alcance en forma de libro o artículo de revista y periódico. País antiguo el Perú, no mucho se sabía, sin embargo, de esa antigüedad, bien que inmenso lo que se llegaría a saber en el futuro. En 1853, Ricardo Palma –de veinte años– se presentó como hombre y americano "que hojea con ansiedad las páginas [*sic*] de la historia de su patria" (Palma 1853b: 5), y en 1860 José Antonio de Lavalle, otro romántico ganado por la historia, reparó que la preincaica e incaica "se pierde en la oscura noche de los tiempos,

¹ Desde luego, no todos los románticos peruanos pertenecieron a la misma generación, pero los más destacados –los nacidos entre 1822-1836 y años próximos– sí; a diferencia de otras generaciones que actuaron en forma dispersa, la romántica se presentó, especialmente en sus años mozos, como grupo y con ánimo de sobresalir e imponerse (Holguín Callo 1994: 146-147 y Varillas Montenegro 1992: 166).

envuelta en mil fábulas y tradiciones, las más de ellas sin sentido común", y que la Conquista se conocía gracias a Prescott, pero después:

las tinieblas vuelven a cubrir nuestra historia, hasta los primeros movimientos de la Independencia. Tradiciones, hechos aislados, repartidos en obras de diversos géneros [*sic*], única cosa que existe relativa a esos tiempos, no forman ni pueden formar un cuerpo de historia (Lavalle 1861a: 281).

La nostalgia del pasado propia de los países viejos (al Perú se le asignaba mucha antigüedad, pero en verdad era un Estado nuevo y una nación que se estaba formando), sentimiento sustentado a menudo por el idealismo y el escaso conocimiento real de la historia,² no parece haber operado fuertemente en el ánimo de los románticos limeños durante su juventud, ni después, salvo excepciones. Ellos no podían sentir nostalgia porque sus conocimientos de Historia del Perú eran muy limitados, y no se extraña lo que no se conoce (aunque eso mismo aumentaba su sed de historia). Además, no podían extrañar a los Incas porque no se sentían identificados con su cultura, sociedad, religión, etc., ¡y su lengua, aunque dulce, les era enigmática!, ni a los españoles, pues éstos representaban la vituperada dominación colonial. Sin embargo, el tiempo virreinal tenía ventaja pues, abstracción hecha del severo dominio político-social, se ofrecía próximo y familiar, y sus huellas se podían ver por todos lados, tal como en Lima, la capital peruana, cuyo rico pasado cabía intuir por los muchos testimonios que había dejado.

Así, los jóvenes románticos se dejaron seducir por la magia de las cosas viejas que confesaban su añosa existencia. La historia motivó su despierta imaginación, su anhelante curiosidad, al ponerles en contacto con hechos y situaciones, restos materiales y otras manifestaciones pretéritas cargadas de misterio y de leyenda, cuya realidad imaginaron poética, idílica o soñadora en virtud de su natural y exacerbada fantasía. A propósito, Lima era rica en testimonios coloniales

² "A esta consideración del individuo como eje, ese egocentrismo que tan fielmente reflejaba el espíritu romántico, habría que añadir en otras áreas las no menos genuinas fuentes de inspiración que tenían su origen en la 'nostalgia' de un pasado que en los sectores americanos de mayor tradición colonial, como eran los países andinos, produciría la evocación de los temas indígenas y coloniales desde una consideración idealista" (Cañedo-Argüelles Fábrega 1987: 250).

capaces de inspirar la creación romántica, tal como lo confesó un escritor inscrito en esa escuela:

[...] esa ciudad no tiene parecida entre todas las demás del mundo. Las casas que son de regular altura, tienen casi todas hermosas galerías voladas y cubiertas de celosías o rejas pintadas de verde, que le dan un aire de antigüedades muy conforme a la idea que tenemos de que era Lima la ciudad de los misterios (Lastarria 1967 [1850]: 78).³

III. El conocimiento de la Historia del Perú en los primeros decenios de la República

El conocimiento histórico en el Perú de los años 1830 y 1840 se revelaba pobre y deficiente por ser escasos los textos disponibles y casi nula su enseñanza. Porras Barrenechea advierte que:

se dio poca importancia a la historia nacional en las primeras décadas republicanas [...] La historia no ocupa, por entonces, un puesto en la inquietud cultural ni en los programas de los Colegios y Universidades [...] En los programas de segunda enseñanza republicana no aparecen, sin embargo, las asignaturas de Historia del Perú hasta mediado el siglo XIX (Porras Barrenechea 1963: 473).

Verdad es que con la Ilustración había adelantado algo la conciencia histórica peruana, pero después ello se perdió en gran medida porque el país careció de paz pública y tranquilidad espiritual a raíz de la Guerra de Independencia y de los enfrentamientos caudillistas que se sucedieron durante mucho tiempo. También influyó la violenta separación de España, que hizo rechazar no poco de la enseñanza histórica que dejó su dominación, pues se pensó que entrañaba una explicación del pasado desde la perspectiva peninsular, contraria por ende a los intereses del Perú independiente. Lo cierto es que el resultado fue un silencio casi total en cuanto a escritura de la historia y difusión de su conocimiento, sea desde la esfera pública o privada, pues casi no hubo producción historiográfica de peso, no hubo en verdad historia-

³ En la madurez, Palma se refirió más de una vez a la ciudad que en sus días infantiles conoció, "a nuestra Lima tan querida de los tiempos coloniales" (cf. carta literaria a J. A. de Lavalle, en Palma 1906: 421).

dores, salvo algunas excepciones mencionadas en el anexo.⁴ Por lo mismo, los jóvenes prácticamente carecieron de libros de historia, y los que leyeron estaban plagados de errores y fantasías de grueso calibre. Así, pues, no mucho se podía alcanzar de la Historia del Perú en esos años, pero en los siguientes la situación cambió al publicarse –bajo influencias románticas, nacionalistas y liberales– un interesante repertorio de textos documentales e historiográficos (ver anexo) que hizo posible superar la orfandad historiográfica; la tendencia alcanzó su máxima expresión en *La Revista de Lima* (1859-1863 y 1873), donde imprimieron artículos historiográficos los románticos Juan Vicente Camacho,⁵ Luis Benjamín Cisneros, José Antonio García y García, José Antonio de Lavalle, Ricardo Palma y José Casimiro Ulloa (Rouillon 1950: 127-129).

En sus años formativos, para la mayoría antes de 1850, los románticos tuvieron contacto con pocas obras de Historia del Perú, las más en ediciones antiguas del tiempo virreinal.⁶ *Grosso modo*, ellas fueron: *Los comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega, las crónicas de la Conquista debidas a Francisco de Jerez, Agustín de Zárate, Pedro de Cieza de León, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera y Tordesillas, etc.; los cronistas de convento como el agustino Antonio de la Calancha; la *Historia de América* del escocés William Robertson (1777 en inglés, y ediciones posteriores en español), los artículos del bisemanario precursor *Mercurio Peruano* (1790-1795), las *Vidas de españoles célebres* (1807), incluida la de Francisco Pizarro, de Manuel José Quintana; la *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima* (1839) y *Las 3. [sic] épocas del Perú o compendio de su historia* (1844), de José María de Córdova y Urrutia; la “Floresta española-peruana” (1847) de Mariano Pagador, la *Historia de la Conquista del Perú* de William H. Prescott (1847 en inglés y 1847-1848, y otras ediciones, en español),⁷ y los *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de*

⁴ Confírmalo Riva-Agüero, en su notable *La historia en el Perú*, al estudiar, después del período colonial, a Mendiburu, Paz Soldán y Lorente, quienes sólo publicaron a partir de 1860.

⁵ Venezolano que en 1853 se incorporó a la vida peruana, hasta su muerte en París en 1872, por lo que se justifica contarle entre los nacionales (Núñez).

⁶ Sobre las lecturas históricas de Palma véase Holguín Callo 1994: 380.

⁷ La popularidad de la obra de Prescott, por sus eds. en castellano, la confirma *El Comercio* de Lima, que transcribió su prospecto (3 de mayo de 1852, p. 4, col. 5) y, antes, el juicio crítico que Andrés Bello le dedicara (18 y 19 de mayo de 1848).

la Historia de los Incas (1850) del canónigo cuzqueño Justo Sahuaraura. Tan escaso caudal de obras, plasmadas en su mayoría entre los siglos XVI y XVIII, era a todas luces insatisfactorio, y más para quienes estaban ganados por el romanticismo, que había introducido un ansia historicista que esos textos no podían calmar. El Perú había alcanzado la Independencia, para muchos una suerte de mayoría de edad, y requería escribir, interpretar, periodificar su historia, la cual aún no se había escrito, pues la que podía leerse sólo rescataba algunas páginas notables de los Incas y la Independencia, aunque la Conquista, gracias a Prescott y a los cronistas, se ofrecía con toda su epopeya y colorido; de todos los períodos de la Historia del Perú moderno, el Virreinato, con cerca de trescientos años, era el más desconocido.⁸

IV. ¿Qué actitudes produjo entre los románticos el pasado americano y peruano?

En el Perú, a diferencia de otros países de Hispanoamérica que no tenían nada en qué enraizar su antigüedad, el tiempo de los Incas no sólo era rescatable sino motivo de orgullo; sin embargo, la realidad miserable de los indios hacía inviable todo tipo de propuesta de restauración, que, por otro lado, no era compatible con el claro liderazgo criollo. Como se ha dicho, los románticos admiraron a los Incas, pero no se identificaron con ellos al advertir —e imaginar— las muchas diferencias que los separaban. Señores del Perú antiguo e imperial, también se hallaban muy lejos temporal y espiritualmente para tenerlos como modelo o ideal. Palma, consciente del pasado incaico del Perú y del radical cambio que ocasionó la Conquista, aunque llegó a considerarlos antepasados advirtió la distancia cultural en que se hallaban.⁹

En el Uruguay había nacido el indianismo, cuya forma preferida fue la leyenda romántica, que simbolizaba el nacimiento de América

⁸ Lo confirman las referencias recogidas por Jorge Basadre en "La historiografía del Perú independiente hasta 1862" (Basadre 1951).

⁹ Así, a propósito de la leyenda *La virgen del Sol* del ecuatoriano Juan León Mera, expresó "ha sabido animar la tradición al describir las costumbres de nuestros antepasados [los Incas] y la majestad de la privilegiada [sic] naturaleza del Nuevo Mundo. Con envidiable tino para las transiciones enlaza la cultura de los Incas y la civilización europea: la relijión [sic] del Sol y la cruz del Gólgota" (Palma 1861b: 617).

por las luchas y fusiones de lo indio y lo español, en que lo indio, idealizado, representaba el mejor papel dada su condición autóctona, pero en Argentina, donde aún había indios, éstos seguían siendo vistos como salvajes a los que se debía eliminar (Bazin 1958: 103-104). En el Perú, el indianismo romántico no produjo ninguna obra de mérito, no hubo novela "indianista" romántica, pues, a diferencia de otros países, allí sí existía el indio, y su condición era deprimente; pero sí se escribió una novela de argumento contemporáneo –*El Padre Horán* de Narciso Aréstegui– en que por primera vez se condenó, desde los predios del liberalismo, la injusta situación de los indios, entre otros problemas sociales del Perú andino (Tord 1978: 30-33 y Kristal 1991: 16, 29 y 53-61), como también algunas leyendas de asunto indohispano citadas más adelante.

Acerca de la actitud ante el pasado colonial de la primera generación de hispanoamericanos independientes es válido reconocer, en general, que se produjo en ellos:

un rechazo íntimo de sí mismos. La historia de su pasado no les enaltecía porque, como criollos, se les había negado el derecho a regir sus propios destinos. Como mestizos habían sido relegados a un papel de segunda clase, tanto en el plano jurídico como en el social; como indígenas habían sido sometidos a una situación de servidumbre, ocupando la base de una pirámide social que dejaba al indio sin otra alternativa que la de perpetuarse en su status carente de expectativas[...]; no había para el hispanoamericano una adscripción étnica de la que enorgullecerse, una plataforma sobre la que edificar un futuro propio sin que salpicara humillación (Cañedo-Argüelles Fábrega 1987: 236-237);

en consecuencia, ni españoles ni indios "merecieron el aprecio de esta generación que tuvo que enfrentarse al gran drama de no gustarse a sí misma", por lo cual, en no pocos casos, el pensamiento hispanoamericano buscó la solución a su descontento en la negación del pasado: América renunciaría a su historia y emprendería su regeneración a partir de la nada, el pasado colonial fue acusado de cuantos males sufrían los pueblos del continente, "había que deshacerse de él, emanciparse intelectualmente de España para hacer auténtica realidad la independencia política" (*loc. cit.*).¹⁰

¹⁰ Tal actitud determinó que muchos escritores –Victorino Lastarria y Francisco Bilbao en Chile, Domingo Faustino Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en Argentina, etc.– vieran a España y lo español como la encarnación del estancamiento, a la retaguardia

En el Perú también se produjo la negación del pasado colonial, pero menos radicalmente que en otros países de Hispanoamérica porque, al fin y al cabo, había sido mucho tiempo un poderoso virreinato y Lima, la principal ciudad de Sudamérica española, había gozado de muchos privilegios y dominado gran parte del nuevo espacio... Por otro lado, la grandeza venía de antiguo: los Incas eran un antecedente magnífico y para asumir su herencia y salvar la continuidad histórica era necesario no descartar el tiempo virreinal. La conciencia del pasado prehispánico debió de empujar a no negar el colonial, el cual existía –y en no pocos aspectos también era grandioso– a despecho de sus detractores más furiosos partidarios de la Independencia. En otros países, al no haber un pasado estimado antes del de los españoles, fue más fácil renegar del que éstos encarnaban para asumir que la historia empezaba con la Independencia. Tal fue el caso argentino: los escritores del Plata, al rechazar el pasado apoyándose en la mística romántica del progreso, definieron su nación no por la historia sino por el porvenir (Bazin 1958: 104). En cambio, en el Perú, reconocido el aboleo de los Incas, ver a los españoles como sus continuadores –y responsables de un cambio radical en el destino del país– resultó difícil pero no imposible, y hacerlo se tornó el único medio de hacer coherente el devenir y alcanzar el presente sin una anti histórica solución de continuidad.

El discurso liberal que privaba solía expresarse hispanóphobo y los románticos lo abrazaron sin mayores reparos, pues no confesarse liberal era casi como retar a duelo a la sociedad toda. Un claro ejemplo fue el militar, periodista y político uruguayo radicado en Lima Juan Espinosa, amigo de muchos románticos, autor de *La herencia española de los americanos. Seis cartas críticas a Isabel Segunda* (1852), obra que revela las tendencias predominantes entre los hombres de pensamiento y acción de la época: romanticismo liberal, crudo antiespañolismo y beato optimismo democrático (Porrás Barrenechea 1963: 478). La reacción conservadora antiliberal se produjo cuando el sacerdote Bartolomé Herrera, rector del prestigioso Colegio de San Carlos, en las notas del célebre sermón que pronunció en 1846, afirmó que el Perú había sido creado por la Conquista, que la enemistad a España era contraria al Evangelio porque predicaba el odio a nuestros padres, etc. (*Ibidem*: 479).¹¹ Sea por el magisterio de Herrera, sea porque la cultura literaria espa-

del progreso industrial de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos (loc. cit.; y Cancino Troncoso y Castro Becker 1992: 131-32).

¹¹ En su pensamiento operaron influencias como las de la escuela histórica y el espiritualismo ecléctico francés (Herder y Hegel a través de sus discípulos franceses Cousin

ñola –la antigua y la de moda o romántica– estaba al alcance de todos, especialmente de los ávidos lectores de poesía, lo cierto es que, sin embargo de la hispanofobia predominante, también hubo entre los jóvenes fogosos admiradores de las glorias literarias de España, como lo recordaría Palma:

[...] la juventud a que yo pertencí fue altamente hispanófila. El nombre de España, aunque no siempre para ensalzarlo, estaba constantemente en nuestros labios; y en las representaciones del *Pelayo* aplaudíamos con delirio los versos del gran Quintana, como si fuesen nuestros el protagonista y el poeta, y nuestra la patria en que se desarrollaba la tragedia. La vida colonial estaba todavía demasiado cerca de nosotros... Los americanos de la generación que se va, vivíamos (principalmente los de las Repúblicas de Colombia, Centro-América y el Perú) enamorados de la lengua de Castilla. Éramos más papistas que el papa, si cabe en cuestión de idioma la frase (Palma 1899: 227-228).

A tono con los tiempos, los jóvenes románticos recibieron una imagen negativa del Virreinato, señalado como una etapa oscura, desconocida, cargada de misterio y de leyenda, pero sobre todo como el tiempo de la oprobiosa dominación española. Sin embargo, ansiosos de satisfacer su sed de pasado, se les hizo cuestión de fuerza, incluso sin superar esa limitante y parcializada visión, aceptar su historia, reconociéndola como parte de la Historia del Perú a pesar de ser también de España.¹² El proceso fue más o menos rápido. En 1852 un anónimo invitó a los intelectuales peruanos a escribir nuevos textos de enseñanza pues estaba por hacerse la Historia del Perú desde que La Gasca regresó a España, vale decir desde el fin de las guerras civiles de los conquistadores.¹³ A poco, 1853, Palma, uno de los románticos con mayor pasión por la historia, advirtió que la del Virreinato no

y Leroux), que inspiraron a algunos pensadores de Hispanoamérica contrarios a aceptar el olvido del pasado para reconstruir una nueva América sobre la nada, v. gr. Andrés Bello, quien pensó salvar los valores positivos del pasado americano para utilizarlos en la construcción de la nueva conciencia independiente; su obra fue como un llamado a la cordura para no aplastar todo lo que el pasado tenía de negativo, “sin antes caer en la cuenta de que en los anales de todas las naciones se dieron etapas que no contribuyeron a su orgullo pero sí formaron su Historia” (Cañedo-Argüelles Fábrega 1987: 225 y 234-235).

¹² Palma en 1892, en España, escribió: “Hasta 1824 nuestra historia más que nuestra, es española [...]” (Palma 1991: 89-91).

¹³ *El Correo* [de Lima] 118 (26 de enero de 1852): 2, 2-3.

podía ser tan oprobiosa ni distinta de la de su propio siglo, dándose cuenta así de su desfigurada imagen:

Los hombres del siglo XVII especulaban con los vicios o ridiculeces de su siglo ni más ni menos que los del XIX...

El siglo XVII fue más ignorante que vicioso.

El siglo XIX es más digno de compasión que criminal; porque la juventud se deja arrastrar de la moda...

La época de los Vi-reyes [sic] llegó a nosotros preñada de fábulas y como la encarnación del vicio; parodiando en menor y más ridícula escala la corrupción de la corte de Luis XIV.

Todos los potentados se nos ofrecen como imitadores de *Richelieu [sic]*; por más que nos resistamos a engalanar con la corrupción una sociedad naciente.¹⁴

En 1861, aceptado que el tiempo colonial peruano era materia historiable y merecía el aprecio intelectual de los escritores románticos, Lavalle anotó que su historia era "tan oscura como interesante", y Palma afirmó que "es un tesoro poco explotado [sic] aún por las inteligencias [sic] americanas", aunque por la falta de archivos y el descuido historiográfico:

es innegable que hoi [sic] sería casi imposible escribir una historia de los vireyes [sic]. Los tiempos primitivos del imperio de los incas, tras los que está la huella ensangrentada de la conquista, han llegado hasta nosotros con fabulosos e inverosímiles colores. Parece que igual suerte espera a los dos primeras [sic] siglos de la dominación española;¹⁵

y en 1874, ante la aparición del primer volumen del monumental *Diccionario histórico-biográfico del Perú* del general Manuel de Mendiburu, se expresó en forma aún más rotunda:

¹⁴ Lida, cap. I "Algo de historia": 2-3 (Palma 1853a). La cursiva es mía.

¹⁵ "Un poema y un poeta nacional del siglo XVII" (Lavalle 1861b: 1); y "Apuntes históricos sobre el Conde de Superunda, fundador de Valparaíso" (Palma 1861a: 371-372), resp. Lavalle, como Palma, pensaba que las fuentes eran escasas: "En cuanto a la historia del Perú, cualquiera cosa por insignificante que sea, que sobre ella se encuentre, es un verdadero tesoro para el investigador, en la escasez de datos y noticias que existen, y en la oscuridad que envuelve uno de sus más largos y más interesantes períodos" (*Ibidem*: 7).

Nuestra historia, desde los tiempos primitivos de los Incas hasta que sonó la hora de la Conquista, se halla en estado embrionario. Es una especie de mito fabuloso. Pero si no es aventurado sostener que sea imposible escribirla de una manera concienzuda, tal imposibilidad no existe tratándose de los tres siglos en que vivimos rindiendo vasallaje a los monarcas españoles. Hay crónicas, reales cédulas, gacetas e infinitos documentos de los que se puede hacer brotar raudales de luz. La tarea es, sobre todo, de inteligencia, para saber encontrar la verdad en aquellos incidentes sobre los que han escrito diversas plumas, variada y aun contradictoriamente (Palma 1964: 1468).

Así quedó incorporado el Virreinato al pasado historiable de los románticos peruanos, tanto por la propensión histórica que los animaba cuanto por la leyenda y el misterio que a esa época envolvían, lo que precisamente le confería una esencia romántica. Desde luego, la relativa abundancia de fuentes escritas –que en un primer momento, como se ha visto, no fue detectada– resultó decisiva para su conocimiento, pero antes de su lectura y edición –“apropiación textual del pasado”¹⁶ se dio la curiosidad intelectual motivadora, una actitud abierta y positiva frente a ese periodo largo cuanto oscuro que, en el caso peruano, encerraba tanto esplendor (allí estaban sus múltiples edificaciones) y era aún recordado (o añorado) por muchos, como lo revelan los textos citados de Lastarria (1850) y Palma (1853). Otro factor que también contribuyó a la incorporación del pasado colonial fue el nacionalismo, analizado más adelante.

La Independencia era vista como la época gloriosa del nacimiento de la patria, una epopeya libertaria que debía ser exaltada siempre. Su recuerdo animaba a los que habían sido sus propulsores o simpatizantes y aún vivían, mientras que los otros –los que se le habían opuesto– optaban por callar o criticar la anarquía republicana. Se la celebraba ruidosamente al menos dos veces al año –el 28 de julio y el 9 de diciembre, respectivos aniversarios de su proclamación y de la batalla de Ayacucho, y días próximos– que eran ocasiones de varia efusión patriótica y nacionalista. Su historia –episodios principales– era conocida, aunque no estuviera bien escrita, lo que daba lugar a pinturas tan claroscuras como la siguiente:

¹⁶ Unzueta sostiene que este hecho determinó que el legado colonial, rechazado por liberales e indigenistas, se fuera integrando a la historia nacional (Unzueta 1993: 508).

[en tiempos de Abascal] las ideas de emancipación volcanizaban las cabezas... El cobarde rey Fernando..., ese rey de farsa y entremés, exasperó el sufrimiento de las colonias por medio de las gabelas continuas que les imponía... Por eso empezó en América a germinar la idea de la Independencia y a la idea siguió la acción y a la acción el triunfo. La América española estaba minada, faltaba sólo una mano que condujese la antorcha que debía ocasionar la explosión. La sociedad limeña de aquellos tiempos estaba llena de fanatismo y preocupaciones. El que no echaba de menos a la Inquisición extrañaba a los padres de la compañía [sic] (Palma 1853b: 3-4).

Una novela de argumento contemporáneo, "Edgardo o un joven de mi generación" (1864), de Luis Benjamín Cisneros, testimonia las imágenes que del pasado peruano tenían muchos jóvenes románticos gracias a las lecturas y a la información oral. *Edgardo*, el protagonista del relato, es un joven provinciano de familia acomodada que ingresa al Ejército y a quien la curiosidad histórica, tanto como haber advertido su ignorancia, le hace leer e informarse:

Edgardo se propuso conocer detenidamente la historia de su patria.

En las sencillas narraciones de Garcilaso y en los cuadros coloridos de Robertson y Prescott, el joven oficial contempló abismado la noble y gloriosa civilización de los Incas, no trasplantada como todas las civilizaciones antiguas y modernas de la Europa, cuyo itinerario nos marca la historia, sino nacida de sí misma como la luz de la nada. Admirando las proezas titánicas de los hombres que trajeron al Perú la bandera conquistadora, cuya raza forma hoy el elemento más activo, más ilustrado y más civilizador de nuestra nacionalidad, Edgardo lloró y comprendió el estupor de la raza primitiva al ver en un solo día destruido el imperio, degollados sus reyes, condenada su religión, derribados sus altares, perdidos sus dioses... (Cisneros 1939: 290).

En efecto, la historia de los Incas proyectaba una imagen muy positiva y, por ende, admirada, lo que obligaba a lamentar su desgraciado final; sin embargo, los conquistadores también eran admirados por *Edgardo*, y su raza, la española, en boca del autor conformaba el mejor "elemento" de la nacionalidad peruana. Cisneros, por cierto, era uno de sus miembros, pero más allá de tal hecho es verdad que los peruanos de raza blanca, por razones conocidas, se hallaban a la cabeza de la pirámide social del país, de suerte que sus palabras sólo traducían la realidad. Por lo demás, la admiración a los conquistadores era

antigua —en el pasado reciente, el siglo XVIII, la sintieron los precursores ilustrados Juan Pablo Viscardo y Guzmán e Hipólito Unanue— como también su condena (el abate Raynal, entre otros), bien que ésta se había renovado por obra del liberalismo de la Independencia. *Edgardo* poco o nada debía saber del Virreinato, o lo juzgaba muy mal, y Cisneros prefirió omitirlo, señal del marcado desconocimiento de la época o de la mala imagen que proyectaba y el novelista posiblemente quiso silenciar (¿acaso debido al magisterio pro-hispano de su maestro Bartolomé Herrera en el Colegio de San Carlos?). En cambio, la Independencia gozaba de su marcada simpatía y fervor patriótico:

La gloriosa epopeya de la revolución de la independencia infundió en su alma el amor sagrado de las glorias del Perú y de América. Edgardo vio en esa epopeya, no la resurrección exclusiva de la nacionalidad india, sino la aparición de una nacionalidad moderna, engendrada por los elementos simpáticos de dos razas llenas de bellas cualidades y de nobles tradiciones. Los episodios locales y los hechos hermosos de la revolución lo entusiasmaron y enternecieron (*loc. cit.*).

Es claro, pues, que los románticos estaban seguros de que la Independencia había sido una gran gesta, un hecho glorioso que enorgullecía a todos los peruanos y americanos. Pero hay más. Cisneros, verdadero confidente de estos apuntes, a quien *Edgardo* le sirve de medio para expresar sus ideales, se vale de la oportunidad para otorgar significado y proyección social a la Independencia: la “aparición de una nacionalidad moderna” fruto de las razas india y española, que no sólo la resurrección de aquélla. Sin duda, en esta interpretación Cisneros se reveló no sólo un buen cristiano sino cabal discípulo de Herrera —creyente confeso del Perú mestizo—, logrando superar las excluyentes convicciones del racismo de origen europeo, para las cuales lo indio tenía poco o ningún valor en el futuro del país.

V. La Historia del Perú que los románticos “escribieron” en 1840-1860

Por cierto, los métodos que los románticos emplearon para construir la Historia del Perú fueron más literarios que históricos. Pero si bien muchas obras literarias románticas refieren argumentos que transcurren en el pasado, lo que les da cierta categoría histórica, ellos no son

necesariamente hechos verídicos. Su gran contenido sentimental, apasionado, politizado diríamos hoy, y el ser profundamente sensibles e individualistas, les hizo ofrecer muchas veces una "historia" bastante alejada de la realidad contenida principalmente en leyendas en prosa y verso, y obras de teatro. Sus trabajos historiográficos –biografías y monografías– tampoco escapan de esa influencia.

Los románticos hicieron de los Incas y de los indios en general personajes a menudo heroicos, generosos y nobles, pero ingenuos, ignorantes y débiles frente a los arteros y codiciosos españoles, los cuales, protagonistas de la Conquista, determinaron la reiterada condena de esta etapa crucial de la Historia del Perú, y por lo mismo su presentación con los más oscuros matices. Sin embargo, no faltó el reconocimiento de sus hazañas, como lo hizo Palma al llamar a Pizarro "figura colosal en la historia del Perú...", tal vez bajo la influencia de la biografía escrita por Quintana.¹⁷ El Virreinato, en virtud del discurso liberal, no dejó de ser visto como el imperio de la opresión política e ideológica, la ignorancia y el fanatismo religioso, lo que no impidió descubrir en él una mina inagotable de inspiración, y alguno (Camacho) le halló bondades fruto quizá de un conservadurismo esencial.¹⁸ Y el período de la Independencia constituyó el espacio preferido para glorificar a los patriotas por su justa y sacrificada victoria sobre los realistas.

Como no podía ser de otro modo, el nacionalismo, ingrediente principal del espíritu romántico, añadió su propia carga de intereses y objetivos a las inquietudes históricas de los románticos peruanos. Referido al teatro, existe el valioso testimonio de *Macbet* (sic), un miembro de la "bohemia" recordada por Palma, quien se expresó así sobre las posibilidades y limitaciones del drama histórico en el Perú:

El género cómico y el drama de sentimiento, son los que con mejor [sic] resultados pueden ejercitarse entre nosotros; pues en el histórico tenemos que limitarnos a una sola época, que es la de la dominación española, en razón de que la que precedió a ésta no se sufriría seguramente en la esce-

¹⁷ "El hermano de Atahualpa. (Narración histórica)" (Palma 1989: 30); es una versión corregida en 1863 o 1864 de la original desconocida (Holguín Callo 1994: 393-394).

¹⁸ Tal impresión dan algunos pasajes de sus escritos, que pintan feliz, plácida y opulenta la vida de las colonias españolas, en especial de Lima, antes del período revolucionario (Camacho 1963: 5, 39, 56, 74 y 75).

na, y la de la gloriosa independencia está muy cercana y no enteramente cerradas las heridas que abrió la revolución. Verdad es que la historia de la antigua colonia abunda en acontecimientos interesantes; pero no siendo muy conocidos, merced a la tenebrosa política de entonces, ofrece mayores dificultades. Sin embargo, siempre que éstas puedan vencerse, deben ser preferidos estos argumentos a los de la historia extranjera, porque subirá de punto el mérito de un drama escrito en el Perú, por un peruano y para ser representado en nuestros teatros, si los personajes que en él figuran y los hechos que forman su materia son también peruanos.¹⁹

Los conceptos citados hacen ver la alta valoración romántica de la Historia del Virreinato –por ser la que más se prestaba al drama histórico– tanto como su poco conocimiento a pesar de ofrecer muchos acontecimientos interesantes, así como, por razones nacionalistas, la preferencia de los argumentos peruanos a los extranjeros. Cabe reconocer entonces que el nacionalismo, al menos en algunos casos, contribuyó a incorporar la historia colonial a la nacional. Palma también confesó una motivación nacionalista al justificar la índole de sus primeras tradiciones (Holguín Callo 1994: 379).

Un breve panorama de la producción histórica de los románticos peruanos, hasta 1863, puede dar una idea aproximada de sus preferencias y aportes. La mayoría escribió dramas para la escena, muchos de los cuales refieren hechos –reales o ficticios– ocurridos en el pasado peruano. Algunos ejemplos: José Arnaldo Márquez: “La bandera de Ayacucho o el honor español” y “Pablo o la familia del mendigo” (1849), y “Túpac-Amaru”;²⁰ Manuel Nicolás Corpancho: “Olaya o el barquero y el virrey” (1849);²¹ Ricardo Palma: “El hijo del Sol” (1849), “La hermana del verdugo”, “La muerte o la libertad” y “Rodil” (1851); Luis Benjamín Cisneros: “Alfredo el sevillano” (1856); y Carlos Augusto Salaverry: “Atahualpa o la Conquista del Perú” (1858). Al gus-

¹⁹ Cf. carta a *Zenón de Eleas*, seud. de Juan de los Heros (*El Comercio* 4513, 18 de agosto de 1854): 4, 3-4. *Macbet* recuerda los conceptos nacionalistas de Miguel del Carpio en carta a Corpancho de 1853, aunque aquél no consideraba el Virreinato, resentido sin duda por la prisión sufrida de parte de los realistas cuando la Independencia (Holguín Callo 1994: 189 y Tauro 1987: II, 443).

²⁰ Cf. “Poetas peruanos. Don José Arnaldo Márquez” (Palma 1861c: 716).

²¹ Pero las obras teatrales más aplaudidas de Corpancho fueron los dramas históricos de asunto medieval, vale decir al gusto del romanticismo europeo: *El poeta cruzado* (1851) y *El templario o los godos en Palestina* (1855).

to de la época, los argumentos suelen referir hechos sangrientos o siniestros, cuyos autores son oscuros personajes del tiempo de la Conquista, el Virreinato o la Independencia, aunque en el caso de "Alfredo el sevillano" la maldad está encarnada nada menos que en una virreina. Las periódicas celebraciones de los fastos de la Independencia impulsaron a los románticos a escribir dramas pseudohistóricos, algunos de los cuales tuvieron la suerte de ser escenificados; en ellos se ofrecía el enfrentamiento de patriotas y realistas, americanos y españoles (en realidad, una nueva ocasión de la lucha del bien contra el mal), con el triunfo rotundo y bendecido por Dios de aquéllos; tal el caso de "La muerte o la libertad" de Palma, representado en 1851, así como de su "Rodil", estrenado en enero de 1852 e inspirado también por el patriotismo liberal (Holguín Callo 1994: 298-307).

La leyenda, en verso o prosa, género preferido por los románticos por su belleza lírica y realismo descriptivo, se vio estimulada por la publicación en Lima, en 1852, de "Gonzalo de Oyón", del colombiano Julio Arboleda,²² la cual refunde episodios de la Conquista con leyendas indígenas (Holguín Callo 1994: 248). Entre 1852 y 1855 se dio una intensa producción de leyendas, tales como "Flor de los Cielos. Cuento nacional", de Ricardo Palma, tal vez la primera, de tema indohispano de la Conquista; "La cruz del bardo. Cuento del siglo XII", de Manuel Nicolás Corpancho, de tema europeo; "La cruz de Limatambo. (Tradición nacional)", de Anníbal Víctor de La Torre, de tema colonial; "Coralay", de Clemente Althaus, en prosa y verso, de tema indohispano; "Angelina. Leyenda histórica", de Trinidad Fernández, de semejante asunto; y, de José Arnaldo Márquez, "La cruz del Blanco", de tema colonial (*Ibidem*: 249-250).²³

El cuento y la leyenda históricos en prosa, que con el correr del tiempo Palma convirtió en la popularísima tradición, tuvo entre sus cultores a Palma, Camacho y Lavalle. Palma fue el primero, con *Lida* y *Mauro Cordato* (1853), seguido a poco por Camacho y más tarde por Lavalle. Los tres imprimieron algunas de sus primeras obras en *La Revista de Lima*, donde también apareció la breve novela histórica "De quién a quién. Historia del célebre caballero don Álvaro Sancho Dávila", de Camacho (Rouillon 1950: 125 y 127, y Holguín Callo 1994: 375-376).

²² Apareció fragmentariamente en el periódico *El Intérprete del Pueblo*, en el que escribían varios románticos.

²³ Los románticos siguieron cultivando el género; así, Márquez publicó en La Habana en 1861 *A orillas de un lago. Leyenda tradicional del Perú*.

La biografía fue cultivada por los románticos con más vocación para la investigación histórica en archivos y bibliotecas. Entre sus principales ejemplos cabe citar la *Corona patriótica*. (Colección de apuntes biográficos) de precursores y gestores de la Independencia (1853), de Palma; los *Apuntes para la biografía del Gran Mariscal D. Blas Cerdeña* (1854), de Juan Vicente Camacho, y otras en *La Revista de Lima*; Luis B. Cisneros escribió la del general José de San Martín; José Antonio García y García, la de Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz; y José Antonio de Lavalle, las de Vicente Morales y Duárez, los Virreyes Abascal y O'Higgins, Pedro José Bravo de Lagunas y Castilla, el Inca Túpac Amaru, José Manuel Valdés y Micaela Villegas, *la Perricholi*, publicadas, al igual que las de Cisneros y García y García, en esa revista, y, en forma independiente, la del limeño ilustrado Pablo de Olavide (Rouillon 1950: 127-129). En cuanto a obras históricas de otro carácter, los *Anales de la Inquisición de Lima* (1863) de Palma, parece la más destacable del periodo en estudio.

¿Por qué no se dio un gran historiador entre los románticos peruanos? Palma, el que más cerca estuvo de serlo, fue ganado por la literatura, la fantasía, el costumbrismo, el idioma, el criollismo, etc. En Hispanoamérica, hubo hombres de su generación que se hicieron grandes historiadores del pasado lejano –v. gr. el mexicano Joaquín García Icazbalceta, el chileno Benjamín Vicuña Mackenna, el venezolano Aristides Rojas–, con los cuales Palma mantuvo cordial relación epistolar (Palma 1949: I, 39-52; y II, 61 y 127-128), por lo cual acierta el crítico francés Bazin cuando repara en que “es muy significativo que un escritor como Ricardo Palma estuviera vinculado a esos hombres y a los novelistas que gravitaban alrededor de ellos” (Bazin 1958: 106). Sin embargo, la obra de Palma, más que la de cualquier otro romántico peruano, sin ser historia, hizo las veces de historia, y sirvió sus fines nacionalistas quizá más que la verdadera historia:

Así como había creado el sentimiento de la naturaleza, el romanticismo europeo se inclinaba espontáneamente hacia la historia..., con espíritu nacionalista. Por cierto que en América hispánica se ensayó muchas veces cantar la Edad Media, forzosamente exótica, pero no queda nada de todo eso. Sólo tuvieron valor las obras que utilizaron la historia en un intento de definir la esencia ‘nacional’, y a la cabeza de esas obras figuran las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma (*Ibidem*: 103).

Pero es el propio Palma quien, sin proponérselo, confesó en 1861 cómo el romanticismo –encarnado en la leyenda histórica– le hizo preferir los caminos del tradicionista y no los del historiador:

La leyenda, para satisfacer una exigencia [*sic*] de nuestras jóvenes sociedades ha de ser la expresión [*sic*] de la verdad histórica, de la verdad tradicional ataviada con el ropaje deslumbrador del ritmo. Por eso es ella más popular que la relación prosaica y descarnada de los hechos. Queda a los espíritus graves y pensadores embelesarse con la filosofía de la historia; pero para la multitud es necesario presentar vestido de flores el esqueleto del pasado.²⁴

En cuanto a sus compañeros Camacho y Lavallo, aquél produjo poco como historiador, ganado sin duda por el trabajo burocrático y la mala salud (Núñez), mientras que éste sí facturó varios ensayos, los más de índole biográfica (Lavallo 1935), en el tiempo libre que le dejaron sus importantes funciones políticas y diplomáticas, aunque nada de singular trascendencia. Los principales historiadores peruanos del siglo XIX –Manuel de Mendiburu y Mariano Felipe Paz Soldán– pertenecieron a generaciones anteriores, pero iniciaron la publicación de sus trabajos mayores en los años de liderazgo de la generación romántica (en 1874 y 1868, respectivamente),²⁵ lo que pudo inhibir a los miembros de ésta, como estimular en aquéllos, decisivamente, la pasión historicista que el Perú vivió gracias a los seguidores locales de los Hugo, Lamartine, Dumas, Larra, Zorrilla, Espronceda, etc. Por entonces, Palma ya estaba bastante prestigiado como escritor de tradiciones, Camacho había muerto (1872) y Lavallo permanecía largas temporadas en el extranjero. No se dio pues un gran historiador romántico, pero uno de sus más activos militantes, Palma, creó un género –la tradición– impregnado de historia tanto como de leyenda, fantasía y ficción. Sin embargo, es claro que responder la pregunta exige mayor examen.

²⁴ “Bibliografía americana. *La virgen [sic] del Sol*” (Palma 1861b: 613). Ya en 1860 había expresado conceptos semejantes (Holguín Callo 1994: 379).

²⁵ Paz Soldán ya escribía su *Historia del Perú independiente* en 1855 (Paz Soldán 1929: xvi, nota).

Anexo

Principales obras de Historia del Perú publicadas entre 1839 y 1863²⁶

Córdova y Urrutia, José María: *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. 2 vols. Lima, 1839.

___ *Las 3. [sic] épocas del Perú o compendio de su historia*. Lima, 1844.

García Camba, Andrés: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. Madrid, 1846.

Álvarez, Jervasio: *Guía histórica, cronológica [sic], política y eclesiástica del departamento de Ayacucho para el año de 1847*. Ayacucho, 1847.

Prescott, William H.: *Historia de la Conquista del Perú*. Nueva York, 1847 (inglés); y (español) Madrid, 1847 y 1848, 2 vols; México, 1850; Madrid, 1853; etc.

Villarán, Manuel Vicente: *Narración biográfica del Gran Mariscal D. José de la Mar y de la traslación de sus restos mortales de la República de Centro América a la del Perú*. Lima, 1847.

Larriva, José Joaquín de: "Geografía histórica. República Peruana". En *El Zurriago* (Lima, 1848).

Pagador, Mariano: "Floresta española-peruana". En *El Zurriago* (Lima, 1848).

Alcalá, Domingo de (ed.): *Para la historia de la América del Sur...* Lima, 1850. [En defensa del general Antonio José de Sucre].

Sahuaraura, Justo: *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los Incas con 16 retratos de éstos y uno del autor*. París, 1850.

²⁶ No se consideran las cronologías incluidas en las guías administrativas, calendarios, etc., las necrologías, las coronas fúnebres y los artículos de periódico, salvo algunas excepciones.

Rivero y Ustáriz, Mariano Eduardo de; y Juan Diego de Tschudi: *Antigüedades peruanas*. Viena, 1851.

Ledesma, Valentín: *Ensayo histórico de las operaciones del Ejército Libertador del Perú en la campaña de 1824, dedicado a todos los patriotas de la Guerra de la Independencia*. Lima, 1852. 2.^a ed. Lima, 1853.

Bilbao, Manuel: *Historia del General Salaverry*. Lima, 1853.

Palma, Ricardo: *Corona patriótica*. (Colección de apuntes biográficos). Lima, 1853. Firmado: Manuel Ricardo Palma.

Amich, O. F. M., José: *Compendio histórico de los trabajos, fatigas, sudores y muertes de los misioneros evangélicos de la seráfica religión que han padecido por la conversión de las almas de los gentiles en las montañas de los Andes pertenecientes a las provincias del Perú*. París, 1854.

Camacho, Juan Vicente: *Apuntes para la biografía del Gran Mariscal D. Blas Cerdeña*. Lima, 1854.

Bilbao, Manuel: *Compendio de la historia política del Perú, escrito para el estudio de los jóvenes cursantes de humanidades*. Lima, 1856.

Markham, Clements R.: *Cuzco: a journey to the ancient capital of Peru; with an account of the history, language, literature, and antiquities of the Incas. And Lima: a visit to the capital and provinces of modern Peru; with a sketch of the viceregal government, history of the republic, and a review of the literature and society of Peru*. Londres, 1856.

Lavalle, José Antonio de: "El D. D. José Manuel Valdés. Apuntes sobre su vida y sus obras". En *La Gaceta Médica* (Lima, 1858).

Riva-Agüero y Sánchez Boquete, José de la (seud. Pruvonena): *Memorias y documentos para la Historia de la Independencia del Perú y causas del mal éxito que ha tenido ésta*. 2 vols. París, 1858.

Fuentes, Manuel Atanasio (comp.): *Memorias de los Virreyes*. 6 vols. París, 1859.

Lavalle, José Antonio de: *Don Pablo de Olavide. Apuntes sobre su vida y sus obras*. Lima, 1859.

La Revista de Lima. Lima, 1859-1863 y 1873. Inserta artículos historiográficos de Juan Vicente Camacho, Luis B. Cisneros, José Antonio García y García, José Antonio de Lavalle, Manuel de Mendiburu, Ricardo Palma, Próspero Pereira Gamba y José Casimiro Ulloa.

Lorente, Sebastián: *Historia antigua del Perú*. Lima, 1860.

Paz Soldán, Mariano Felipe: *Causa célebre sobre el asesinato de Montea-gudo, extractada*. Lima, 1860.

Vicuña Mackenna, Benjamín: *La revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819*. Lima, 1860.

Gómez, José Belisario: *El Coloniaje*. Tacna, 1861.

Lorente, Sebastián: *Historia de la Conquista del Perú*. Lima, 1861.

Puente, Agustín de la: *La libertad del Perú en la batalla de Ayacucho*. Caracas, 1861.

Herrera, José Hipólito (comp.): *El álbum de Ayacucho*. Lima, 1862.

Paz Soldán, Mateo: *Geografía del Perú*, obra póstuma... corregida y aumentada por don Mariano Felipe Paz Soldán. 2 vols. París, 1862 y 1863. [Incluye capítulos de historia].

Távara, Santiago: "Historia de los partidos". En *El Comercio* (Lima, 1862).

Lorente, Sebastián: *Historia del Perú bajo la dinastía austríaca*. 2 vols. Lima, 1863 y 1870.

Odriozola, Manuel de (comp.): *Colección de documentos literarios del Perú*. 11 vols. Lima, 1863-1877.

___ (comp.): *Documentos históricos del Perú en las épocas del coloniaje después de la Conquista y de la Independencia hasta el presente*. 10 vols. Lima, 1863-1877.

___ *Terremotos. Relación de las relaciones de los más notables que ha sufrido esta capital y que la han arruinado*. Lima, 1863.

Palma, Ricardo: *Anales de la Inquisición de Lima*. Lima, 1863.

Bibliografía

- BASADRE, Jorge
1951 "La *Historia de los partidos* de Santiago Távora y la historia de los partidos en el Perú". En Santiago Távora: *Historia de los partidos*. Edición y notas de Jorge Basadre y Félix Denegri Luna. Lima: Editorial Huascarán, pp. xxvii-lxx (*Biblioteca de la República*, 1).
- 1971 *Introducción a las bases documentales para la Historia de la República del Perú, con algunas reflexiones*. 2 vols. + índices. Lima: Ediciones P. L. Villanueva.
- BAZIN, Robert
1958 *Historia de la literatura americana en lengua española*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- CAMACHO, Juan Vicente
1963 *Tradiciones y relatos*. Estudio biográfico-crítico y recopilación de Estuardo Núñez. Caracas: Ministerio de Educación.
- CANCINO TRONCOSO, Hugo y María Cecilia CASTRO BECKER
1992 "Europa como paradigma y referente del discurso civilizatorio de Alberdi y Sarmiento en el contexto de la formación del Estado nacional en Hispanoamérica". En IX Congreso Internacional de Historia de América: *Europa y América: cinco siglos de intercambios*. Sevilla: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos y Junta de Andalucía, pp. 129-146.
- CAÑEDO-ARGÜELLES FÁBREGA, Teresa
1987 "El pensamiento americano en el siglo XIX" y "Creación literaria siglo XIX". En Demetrio Ramos Pérez, et al.: *Gran Historia Universal*. Vol. XII. *Historia de América*. Cuarta parte. *Los tiempos recientes*. Madrid: Nájera, IV: 223-245 y 247-277, respec.
- CARILLA, Emilio
1967 *El Romanticismo en la América Hispánica*. Segunda edición revisada y ampliada. 2 vols. Madrid: Editorial Gredos.
- CISNEROS, Luis Benjamín
1939 "Edgardo o un joven de mi generación". En *Obras completas*. Lima: Gobierno del Perú, II (*Prosa literaria*): 221-310.

ESPINOSA, Juan

1852 *La herencia española de los americanos. Seis cartas críticas a Isabel Segunda...* Lima: Imp. del Correo [de Lima].

HOLGUÍN CALLO, Oswaldo

1994 *Tiempos de infancia y bohemia. Ricardo Palma (1833-1860)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

KRISTAL, Efraín

1991 *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del Indigenismo en el Perú: 1848-1930*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

LASTARRIA, José Victorino

1967 [1850] "Lima en 1850". En Alberto Tauro (comp.): *Viajeros en el Perú republicano*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 71-110.

LAVALLE Y ARIAS DE SAAVEDRA, José Antonio de

1861a "Movimiento literario". En Alfredo G. Leubel. *El Perú en 1860 o sea anuario nacional...* Lima: Imp. del Comercio, pp. 272-290.

1861b "Un poema y un poeta nacional del siglo XVII". En *La Revista de Lima* 3: 31 (1 de enero): 1-7. Lima.

1935 *Estudios históricos*. Lima: Lib. e Imp. Gil S. A.

MÉNDEZ, Cecilia

1995 *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Segunda edición. Lima: Consorcio de Investigación Económica e Instituto de Estudios Peruanos.

NÚÑEZ, Estuardo

1963 "Juan Vicente Camacho en el Perú". En Juan Vicente Camacho: *Tradiciones y relatos*. Caracas: Ministerio de Educación, pp. vii-lxxx.

PALMA, Ricardo

1853a *Lida. Romance histórico...* Lima: Imp. del Mensajero [Firmado: Manuel Ricardo Palma].

1853b *Mauro Cordato. Romance nacional*. Lima: Tip. del Mensajero [Firmado: Manuel Ricardo Palma].

1861a "Apuntes históricos sobre el Conde de Superunda, fundador de Valparaíso". En *Revista de Sud-América* 1: 6 (25 de enero): 371-381. Valparaíso.

- 1861b "Bibliografía americana. *La virgen [sic] del Sol*". En *Revista de Sud-América* 2: 10 (25 de setiembre): 612-617. Valparaíso.
- 1861c "Poetas peruanos. Don José Arnaldo Márquez". En *Revista de Sud-América* 1: 12 (25 de abril): 713-717. Valparaíso.
- 1899 "Neologismos y americanismos". En *Recuerdos de España, precedidos de La bohemia de mi tiempo*. Lima: Imp. La Industria, pp. 223-309.
- 1906 *Mis últimas tradiciones peruanas y Cachivachería*. Barcelona: Casa Editorial Maucci.
- 1949 *Epistolario*. 2 vols. Lima: Editorial Cultura Antártica.
- 1964 "Diccionario histórico". En *Tradiciones peruanas completas*. Edición y prólogo de Edith Palma... Quinta edición. Madrid: Aguilar, pp. 1468-1469
- 1989 "El hermano de Atahualpa. (Narración histórica)". En Merlin D. Compton (comp.): *La trayectoria de las primeras tradiciones de Ricardo Palma*. Providence, R. I.: Textos del V Centenario, pp. 25-32.
- 1991 *Ricardo Palma, corresponsal de El Comercio*. Introducción [por] Aurelio Miró Quesada S. Recopilación: Héctor López Martínez. Lima: *El Comercio*.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe
1929 *Historia del Perú independiente... Tercer período 1827-1833*. Lima: Lib. e Imp. Gil.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1963 *Fuentes históricas peruanas. (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Instituto Raúl Porras Barrenechea).
- RIVA-AGÜERO Y OSMA, José de la
1965 "Estudios de historia peruana. La Historia en el Perú". En *Obras Completas*. Prólogo de Jorge Basadre y notas de César Pacheco Vélez. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Instituto Riva-Agüero, t. IV.
- ROUILLON, Guillermo
1950 "Índice de *La Revista de Lima*". En *Boletín de la Biblioteca Nacional* 13: 119-149. Lima.

TAURO, Alberto

1987 *Enciclopedia ilustrada del Perú. Síntesis del conocimiento integral del Perú, desde sus orígenes hasta la actualidad.* 6 vols. Lima: PEISA.

TORD, Luis Enrique

1978 *El indio en los ensayistas peruanos 1848-1948.* Lima: Editoriales Unidas S. A.

UNZUETA, Fernando

1993 "Las Tradiciones peruanas y la cuestión nacional". En Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas.* Edición crítica. Julio Ortega, coordinador. España: Colección Archivos, pp. 503-519.

VARILLAS MONTENEGRO, Alberto

1992 *La literatura peruana del siglo XIX. Periodificación y caracterización.* Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.